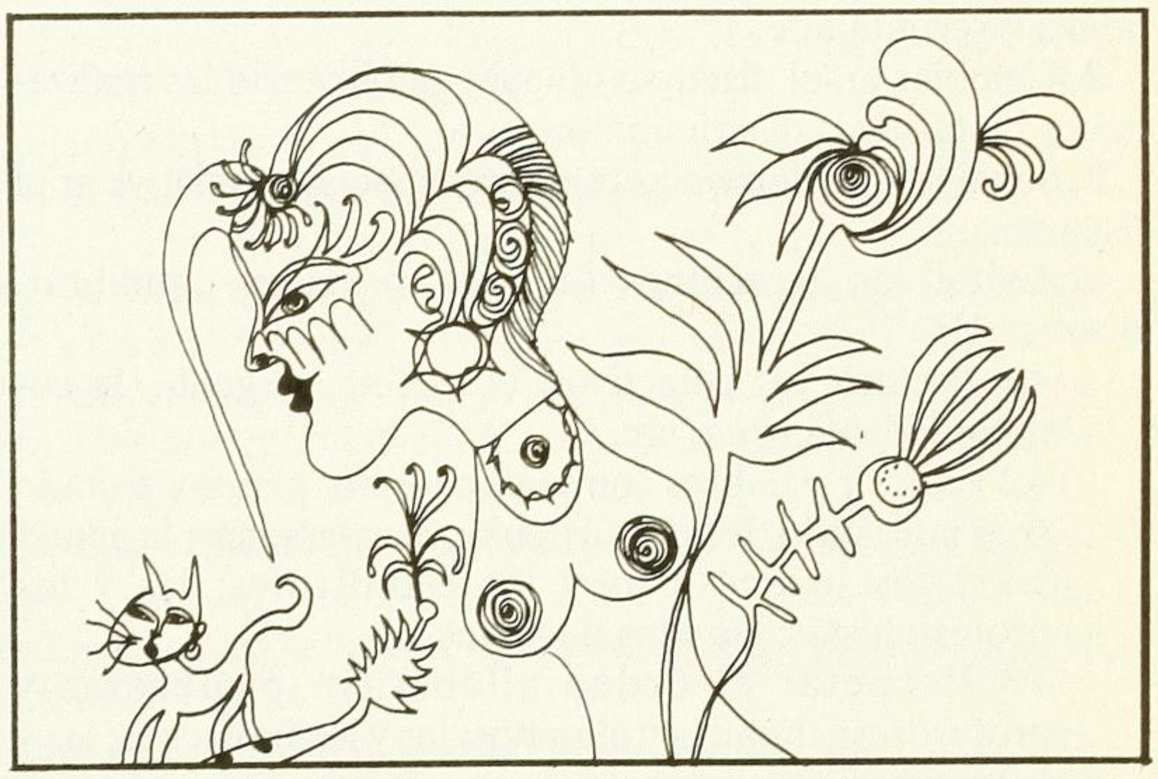
Querido Diario:

Marcela Guijosa



Quién te lo iba a decir. No querías ir de ninguna manera. Estuviste refunfuñando toda la semana anterior. Y lo peor es que se lo contagiaste a tus hijos y ellos, más papistas que tú, de plano se negaron y se acabaron quedando, porque nunca faltan exámenes y trabajos complicadísimos y mucho muy urgentes.

Tu hiciste tu maleta de mala gana y fuiste más por obligación que por ganas. Y oh, sorpresa.

Porque estás de regreso y estás tan de buenas, tan optimista y tranquila, a pesar del cansancio del viaje. A pesar de las desveladas y las desmañanadas y de la incomodidad del camioncito y del desorden en las comidas y bebidas. Hasta te ves guapa en el espejo.

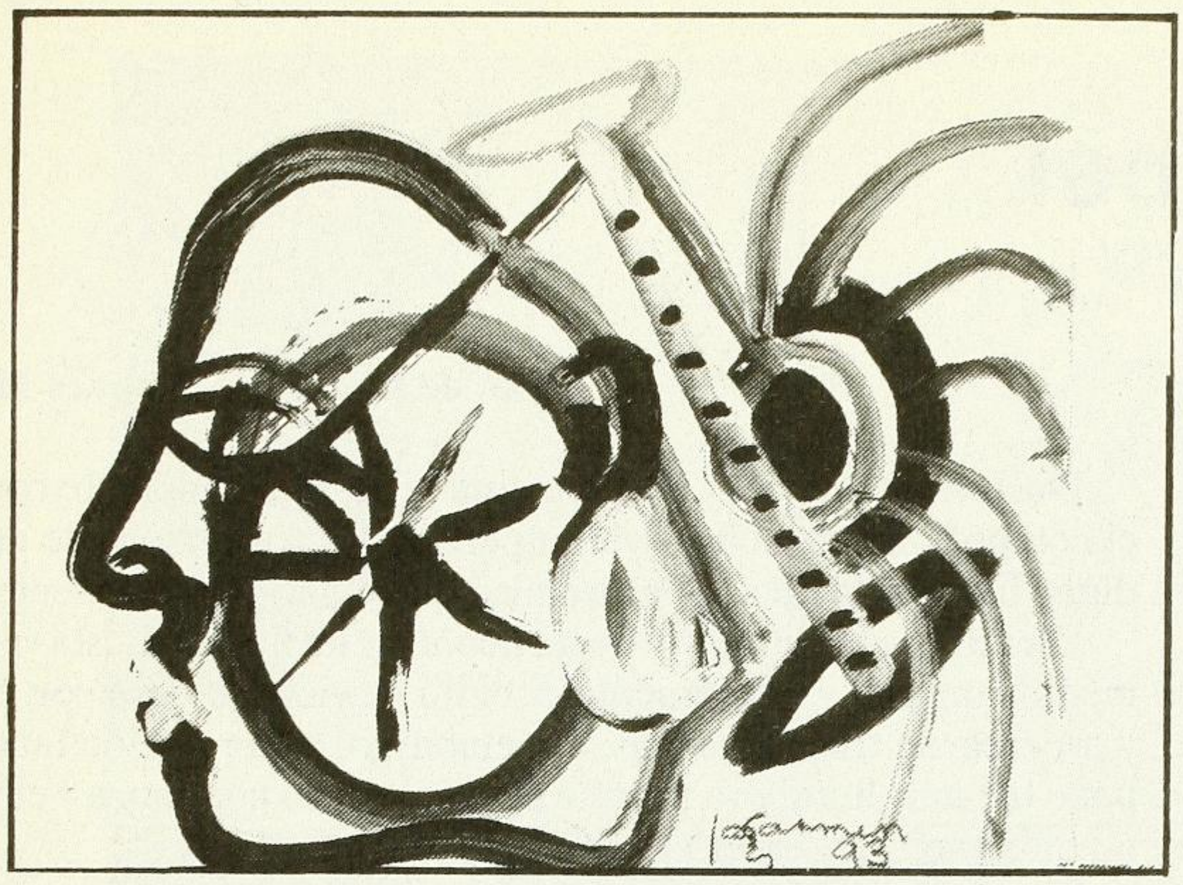
Y cómo no, si fue magia pura. Si ya desde el viaje de ida solamente se trató de ver caras sonrientes, de decir y de oír qué gusto de verte corazón, qué preciosas estás mi vida, de recibir continuamente besos y abrazos. Desde la salida puro chiste, pura carcajada, pásenme otra chela, pasen las papas no se hagan, y a tus hermanos y a tus primos hermanos como que se les recrudeció el ingenio y qué chistoso amaneció Héctor Gregorio, qué bárbaro, y hasta los choferes ajenos a la familia se contagiaron del buen humor y hasta los lentes y la gorra de tu tío Nito y hasta las muletas de tu compadrito accidentado tenían un toque festivo.

Y después, ya en el pueblo, a cada rato llegaban otros primos que hace veinte años que no veías, porque qué bruto, qué familión, y era puro cariño, y era verse y verse las caras y acariciarse y besarse de nuevo y acercarse y tocarse y apapacharse. Todo el día, todos los tres días, llenos de descubrimientos. Cómo has estado, qué es de tu vida, pinche Lucila, qué guapa estás. Ver a los niños, mira nomás esta criatura cómo ha crecido, a quién se parece, mira que hermosa está fulanita y que grandote fulanito, y con los viejos igual, como con avidez, querértelos beber todos enteros, verlos bien, aprenderte sus dichos, disfrutarlos porque ya se van a morir y verte en ese espejo y genio y figura cada vez peor y ya estoy igualita con cachetes de perro como todos los aguirres pero qué bien está mi tía Martita y a lo mejor a mi también me va a dar artritis.

Y es como psicoanálisis y como volver a la infancia, reconocer a tus tías y a tus tíos inolvidables de cuando eras chiquita y que te siguen diciendo primorosa. Y al mismo tiempo darte cuenta, horror, que tú eres ahorita la generación fuerte, la madura, la mera mera, el ejemplo y el modelo de los recuerdos de los sobrinos. Ellos, aunque ya apuntan, todavía no llegan, todavía tu generación los mantiene y los cuida. Todavía los influyes, les das pistas para el futuro. Dependen de ti, tienen la mirada puesta en ti.

Y las abuelas y los abuelos también, y tú los miras a ellos, les haces ojitos, les sonríes desde lejos. Quieres que te sigan sosteniendo, pero al mismo tiempo los quieres cuidar: te

FONDA SAN ANGEL
RESTAURANTE · BAR
MAS ALLA DE LA BUENA COCINA...
EN EL CORAZON DE SAN ANGEL
DESAYUNO · COMIDA · CENA
PLAZA SAN JACINTO 3. SAN ANGEL. MEXICO TEL 548 75 68



tienen con pendiente, cómo estarán, ya les habrán servido de comer, ojalá y no se cansen mucho.

Y esa convivencia tan infantil, de dormir juntos, de amanecer juntos, de bañarse juntos, de hacer pipí y caca juntos, porque qué remedio, los cuartos compartidos, aquí las mujeres, allá los hombres, y recuerdas y revives tu niñez en piyama y las risas babosas y las pláticas nocturnas interminables y las voces muertas de sueño y niñas ya duérmanse por el amor de Dios y los pedos sonorísimos y las burlas y los aspavientos y el compartir las toallas y los cepillos y quién trajo champú y préstame ese suéter y no traerás una aspirina o algo para la panza y mira mijita ponte de esta crema. Y qué fuertes y qué ricos somos entre todos porque siempre alguien trae lo que a tí te falta y siempre a tí algo te anda sobrando y lo puedes compartir o regalar.

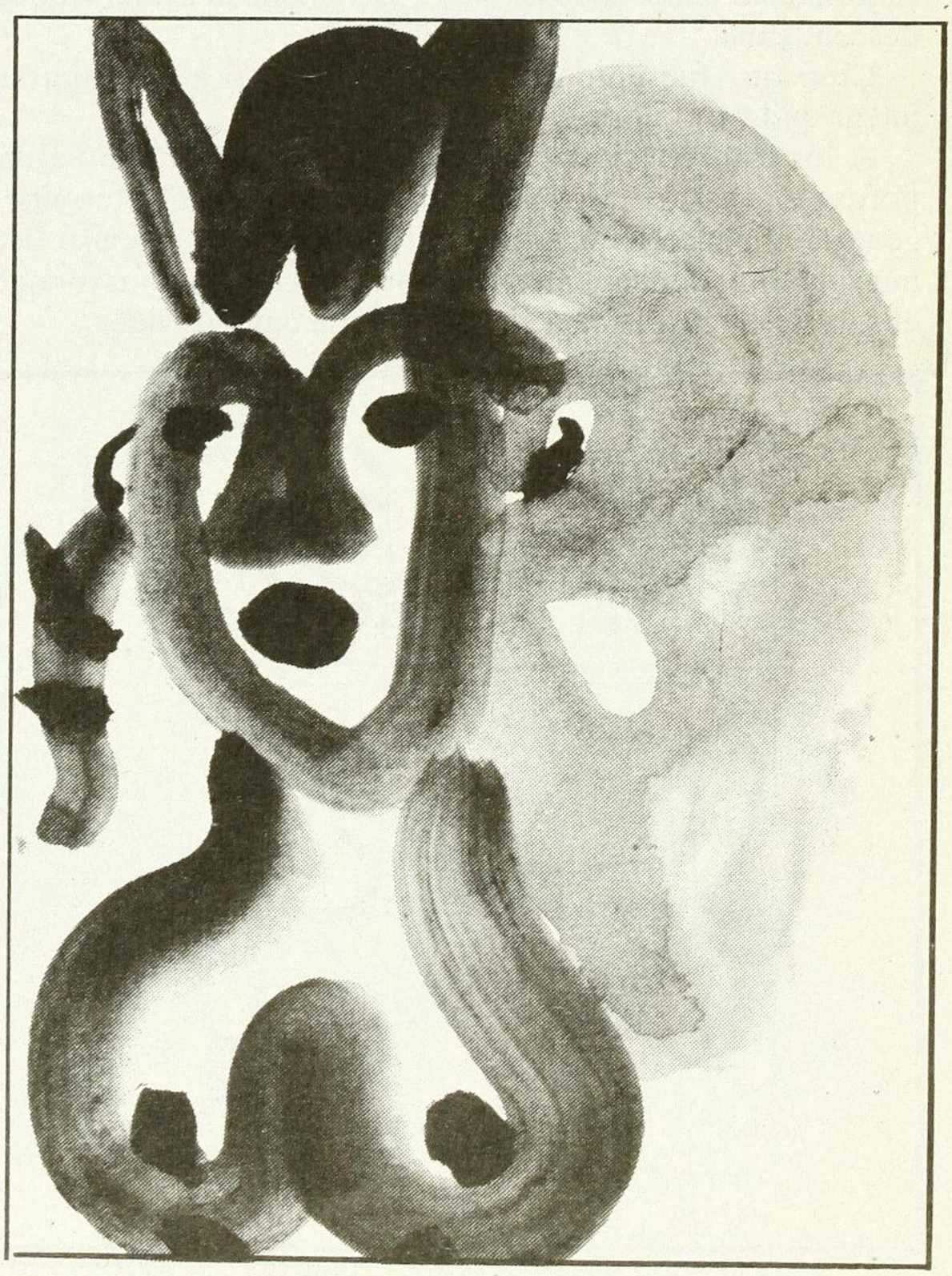
Y todo el ritual de las miradas examinadoras. Tú quién eres, soy Marcela de Lola, y el gesto aprobador. Sí, sí eres. Digna nieta de Pedro Celestino Aguirre. Aunque también tienes muchos de la Guijosa. En algo te pareces a tu padre, pero eres idéntica a Lolita. Claro que nunca tan guapa como tu madre, perdóname chula, pero ninguna de ustedes. Fíjate, esta niña, porque te dicen niña, como que también tiene un aire de Gena mi prima, ¿no crees, Lucha María?

Cómo no te iba a servir el viajecito si fue un super refuerzo de tu identidad. Por si la traes perdida, vete a uno de estos encuentros familiares. Todos te ven. Todos te revisan. Y luego todos te aprueban y te confirman. Sí tienes el aire. Sí eres de la familia. Sí perteneces.

Y por lo menos en ese ámbito eres famosísima. Todo mundo sabe quién eres, sabe tu lugar y tu perfecta ubicación, y eso te sigue asombrando. Hasta saben cuándo naciste. Te comparan con sus propios hijos, con los acontecimientos que recuerdan de su juventud, se acuerdan de tu madre embarazada, se acuerdan de tí Marcelita cuando eras bebé, te cargaron, te hicieron cuchi cuchi y te mecieron en sus rodillas, y entonces te dicen cosas de tí que ni tú misma sabías y descubres que te quieren y te saben desde hace cuarenta y tres años.

Y a nadie le importa si la has hecho bien o mal en la vida. No se juzgan conductas: no da tiempo, afortunadamente. Nadie soportaría vivir con los otros. Pero un evento de dos días permite el milagro, la alegría simple de estar y de reconocerse.

Al final de la gran comida, el cognac y el show. La cantada. Primero pasan al centro los viejos maestros. Sentidas dedicatorias. Silencio emocionante.

"Qué le digo yo a una rosa". Aplausos, suspiros, lágrimas. "Mi guitarra ya no canta". Bravo, bravísimo, otra. Luego se lucirán los más jóvenes. La herencia compartida y enriquecida con propios y ajenos, tantos músicos, tantos artistas, tantos poetas, y el más tullido, maromero. Orgullo, entonces, de continuar la tradición, de tocar la misma guitarra, tus manos después de sus manos y tus voces en sus voces. Orgullo de ser, en eso, como ellos. De poder atraer incluso la presencia de los ilustres muertos. De tener raíces que te mantienen de pie, por más que encuentres negritos en el arroz, por más que no todo te guste, porque francamente qué fachas las de tu primo ése o qué horrible trata mi tío fulanito a mi tía fulanita, ¿te fijaste? Pero nadie es monedita de oro, y nadie recuerda lo desagradable, y cómo los quieres a todos y los comprendes y los disculpas y aunque tengas tus favoritos inamovibles derramas el resto de tu amor hacia todos lados nomás porque la sangre es la sangre y en última instancia todos somos de la misma familia y estamos juntos.

Y cuando te vuelven a invitar el año que entra a otra reunión magna de los Aguirre tal vez te dará flojera y tendrás mucho qué hacer, pero recordarás el paisaje magnífico, los cerros y los nopales y la puesta de sol y las nubes de Guanajuato y la voz de tu tía Pita y las enchiladas con pollo y entonces probablemente irás. Porque no todos los días recibe uno ese tratamiento intensivo de belleza, del cuerpo y del alma, gratis.